



X

LA VOZ DEL DIOS

Para aproximarse á la ciudad, realizó Cortés diversas operaciones arriesgadas, entre ellas hacerse dueño de un montecillo próximo á Iztapalapa, que aún conserva el nombre de *Peñón del Marqués*, y deshacer con su flotilla de bergantines otra de barcas, sobre quinientas, que se juntaron á la señal de las hogueras encendidas por el enemigo. No era esto, sin embargo, más que el comienzo de la jornada.

Antes de emprenderla, Cortés, que nunca desesperaba de los medios de concilia-

ción, había brindado reiteradamente á Guatimozín con la paz; pero el nuevo Soberano, con sombría decisión de resistir, ni contestó á algunos de los mensajes. Desde este período de la guerra, los mexicanos, resueltos á no rendirse, sacrificaron á cuantos prisioneros españoles pudieron hacer, lo cual aumentaba el ardimiento de los castellanos, pues en primer término evitaban que les cogiesen vivos.

Desde luego se vió que la defensa estaba bien organizada y dispuesta, y los sitiados alternaban la defensiva con la ofensiva, hasta el extremo de minar con hoyos, estacadas y trampas de follaje el camino de los sitiadores. No cesaba la lluvia de armas arrojadas desde baluartes y azoteas contra los bergantines; y en las calzadas, donde la caballería no era de provecho, peleaban los sitiados con largas lanzas, arma poderosa, inventada para el caso.

Heridos estaban muchos españoles, y por no tener tiempo de día, de noche se curaban, según los conocimientos de la

época, con aceite, cuando no con los ensalmos y bendiciones del soldado saludador Juan Catalán; y dice el cronista “de presto sanaban, y así heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada Capitanía veinte hombres sanos para salir”.

Dispuso Guatimozín que las salidas contra los españoles se hiciesen puesto el sol, y tuvieron los ya heridos, cansados y mal comidos, que velar incesantemente, metidos en lodo, alimentados con hierbas y tortillas de maíz: cuando habían ganado una calzada, la recobraban los sitiados al punto, y al otro día era preciso recuperarla. Aunque cortada el agua del acueducto por los españoles y establecido el bloqueo, en la oscuridad, canoas ligeras de los pueblecillos cercanos abastecían á la ciudad asediada, y hubo Cortés de disponer que los bergantines diesen caza especialmente á estas canoas. Pero los mexicanos, arman-

do grandes piraguas y preparando una certera emboscada, lograron apresar un bergantín, matando al capitán Portillo, veterano de las guerras de Italia.

Extremada la resistencia, Cortés apretó, y cuanto ganaba dejábalo ya destruído para que no lo recuperasen. Era la desesperada defensa de las ciudades heroicas, las Numancias y las Zaragozaas, que palmo á palmo se disputan al invasor. Yo profeso tal culto al valor y á la energía, que, aun siendo contra nosotros, me consuela y place esta resistencia de México, y apruebo á Guatimozín y encarezco su conducta, digna de un Rey y de un hombre.

Como nosotros, velaban los sitiados; toda la noche tenían encendidas hogueras, y, por no descubrirse, se llamaban á silbos. Llegado el momento de acometer, de oponerse á nuestro arduo, pero continuo avance por las calzadas, venían "tan bravos como tigres, y pie con pie" con los sitiadores, y entonces armaban grita, y al pelear insultaban al enemigo, llamando á los españoles

cobardes y "luilones", mote injurioso, de feo sentido.

Entre los rudos trabajos y el incesante combatir, se ganaba terreno; se ocupaban adoratorios y casas, y los pueblos del lago, en parte, hacían sumisión. La epopeya, en este período, adquiere un carácter semifantástico; y el soldado Bernal Díaz, á quien principalmente sigo, por su sinceridad y su realismo sabroso y detallista como el del Romancero, lo comprende, y dice con ingenuidad: "Los curiosos lectores se hartarán de ver cada día combates, y no se puede hacer menos, porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, y cada día y noche teníamos guerras y combates..., y sería cosa para nunca acabar, y parecería á los libros de Amadis y otros." Y, en efecto, como intuitivamente nota el soldado, en esta empresa de Cortés hay el aspecto y la probable influencia de los libros de caballerías, en que un solo hombre, un solo paladín, conquista en un santiamén el Imperio de Trapobana ó las

Insulas del mar, y todo se hace por arte de encantamiento, pues lo verosímil no existe. Cortés, sin embargo, no era un quimérico, sino el hombre más práctico, dentro del arrojo inconcebible de su conquista; pero acaso había leído también él, como Ignacio de Loyola, muchas novelas de caballerías en sus mocedades, y sentido el transporte y el ardor que lanzó á un hidalgo nacido tarde, por las llanuras manchegas, en busca de aventuras.

Aunque el mejor sistema hubiese sido prolongar el asedio y cansar á los sitiados, Cortés, enemigo de aplazamientos y habituado á los arranques de osadía, cometió en esta ocasión el yerro de un ataque decisivo y el descuido de no dejar, al retirarse, el camino cortado. Fué acaso el momento en que estuvo en mayor peligro, no sólo el ejército de Cortés, sino Cortés mismo. Debíó el salvarse, en primer término, al ansia de los mexicanos de cogerle vivo para sacrificarle, por lo cual, pudiendo darle muerte inmediata no lo hicieron; y en segundo,

á la abnegación de un Cristóbal de Olea, castellano viejo, que se metió á romper el grupo que tenía á Cortés agarrado y seguro ya, y á costa de su vida le dejó libre.

Entonces, en el instante tal vez más crítico para los conquistadores, se alzó la voz de Huchilobos, la pavorosa voz de exterminio y sangre. El dios hablaba, y su acento daba escalofrío: era esta voz resonante en la azotea del Teocalli, el redoble del tambor sagrado, de lúgubre y sepulcral sonido, que se oía en tres leguas á la redonda. Al fiero alarido del ídolo, en quien decían los nuestros que estaba aposentado el Demonio, respondía la corneta de guerra de Guatimozín, cuyo toque significaba que el combate era á muerte, á la desesperada, para no retroceder un paso; que allí se jugaba el postrimer azar del Imperio. Y mientras el grito de Huchilobos estremecía á los españoles, corazones de prisioneros de los nuestros eran ofrendados al Colibrí, y la sangre humeaba ante el ara, por última vez, en México. Ya no se

celebraría más el rito espantable; ya no volvería á embeodarse Huchilobos con el vaho de la vida y las palpitaciones de las entrañas calientes.

Pero, en cambio, esta última embriaguez, ¡qué fiera, qué grandiosamente bárbara!

Fué la rota de los españoles poco menor que la de la Noche triste, y pudieron mirar con sus ojos, en tanto que hería sus oídos el son del tambor, de las bélicas caracolas, cornetas y trompas, cómo llevaban á empujones y palos á sus compañeros prisioneros á la azotea del alto templo, visible desde todas partes, y cómo les ponían plumajes en las cabezas, y cómo les hacían danzar, ante Huchilobos, la convulsiva danza del sacrificio, y cómo luego, extendiéndolos en la piedra ritual, les sacaban bullendo los corazones, y cómo precipitaban los cuerpos escalinata abajo, y los despedazaban, para luego lanzar sus miembros, asados, á las tropas de Cortés. Tal era la fe azteca, y por eso había llegado,

fatalmente, al albor de la Cruz, el ocaso de sus dioses, que caían en el abismo del tiempo, envueltos en rojas brumas, como habían caído, en el Viejo Continente, los demás númenes feroces, el negro Moloch, y Teutates, y Odin.

Después de la fatal jornada, en que estuvieron tan cerca de sucumbir la tropa y el Jefe, y en que les arrojaron tantas cabezas de españoles á las filas los enemigos, diciendo, con salvaje estratagema, que eran las del Malinche y Tonatiú,—Cortés trató de rehacerse y de adoptar medidas más acertadas, ya que, él lo reconocía, se había perdido la acción *por sus pecados*; es decir, por su yerro. Ahora convenía dejar languidecer la defensa, antes de insistir en el ataque. Repuestos los españoles, habiendo recibido algunos socorros y refrescos, metiéronse al fin, el 24 de Julio, en la ciudad, adueñándose de tres partes de ella. Guatimozín, luchando aún, se hizo fuerte en Tlatelolco, el barrio del mercado. Estaba el pueblo mexicano fatigado y hartó

del asedio; faltaban víveres, y la idea de la rendición cundía y se propagaba. Cortés, sin perder minuto, aprovechó las ventajas de la situación. Insistió en el avance, rechazado vigorosamente todavía por mucha parte de los tenaces defensores, los cuales, á nuevas proposiciones, respondieron que, mientras quedase uno con vida, se proponían pelear.

Entero estaba el ánimo de aquella gente valerosa, pero habían llegado á carecer de todo; las calles las atestaban los cadáveres; la fetidez era insufrible; se encontraban hacinados; se le acababan las armas; faltaban víveres, y los aliados de los españoles fácilmente hacían matanza en las extenuadas huestes de Guatimozín. Al cabo, el 13 de Agosto, dióse la embestida suprema, arrojando á los defensores hacia el agua, donde les aguardaba, con los bergantines, Gonzalo de Sandoval. Todavía, en aquella hora, ofreció la paz Cortés, y la rehusó Guatimozín con bravura. Cuando, acosado por las tropas sitiadoras, intentó

el joven Emperador salvarse en una piragua, en compañía de su esposa y algunas mujeres de calidad, fué perseguido, y hubo de entregarse al extremeño García de Holguín. Al ser conducido ante Cortés, puso la mano en el puñal que á la cintura llevaba su vencedor, exclamando:

—Malinche, hice cuanto pude en defensa de la ciudad; y pues no he logrado salvarla y resistirte, saca luego ese puñal, y mátame.